Raúl Vera Ocampo

CANCIÓN NATURAL

Qué remedio con desatar nudos
qué remedio con perversas series
de irracionales destinos que no piensan
ser ni construir ni levantar ánimos
o consecuentes melancolías
que despierta el no saber adónde
va disparado el fusil sin mira;
qué remedio discutir contigo
sin miedo a perderse por no decir
las cosas que duelen o endurecen rígidos
los miembros con palabras estériles
qué poética es esta que nos lleva
a callejones herméticos donde creemos
estar empujados y tartamudea la lengua
con creer sombras de balas
que no salen ni escupen bocas
que no sienten lo que derraman
sus huesos, estos oleajes puros
o impuros qué importa volvernos
piedras o miserables cuerpos de guano
que se rellenan con cuentos, papeles
viejos y estirados año tras año
hasta rompernos las cejas
qué remedio todo si no hablamos
el idioma mismo del hambre
la lengua cortante del que todo
siente irremediable, irremediablemente
lejano, perdido, podrido hasta roerse
por dentro y afuera la piel vieja,
aflorado el polen negro de su hiel
parlante como pubis tumefacto
al que no ronda el sexo
ni marca el amor o el sueño;
qué remedio con contarte toda
la dulzura melancólica, este triste

pasado sin condena ni ausente
poder desistir de hacerlo como todo
irremediable puede hacerse
o sentirse vivo latir bajo el pecho
cuando salta el pájaro escondido
que se muere sin remedio,
irremediable se extingue sin poder
dar la medida exacta de su vuelo
inextinguible, qué remedio
puede tener este dudoso acecho
en una oscuridad despedida
por entrañas que no conozco
si mis propios recónditos huesos
crecen a mis espaldas y veo
que el aire veta un aullido
incomprensible, ahogado en lluvia
por sed de agua pura, agua seca,
agua cálida de tus manos,
todas las unidas, elevadas, tiesas, duras
manos que se alzan en tu tierra
como el rumor de un bosque
sin palabras, para entonar áridas
la canción natural que ciñe
esa hermosura estriada y magra
de las penas que se cantan
o gritan en la espesura del mar
para incendiar la resistencia pérfida,
para quemar las tiendas distraídas
del odio, esa espuma indiferente
que ataja, impide, destruye
irremediable, nos destruye y cava
una fosa en los ojos
para llenarlos de olvido sin remedio,
qué remedio, entonces, te digo,
qué remedio decirnos el aire,
las quejas del viento destripado
o el ardor de mis venas,
si el canto no llega
así, vertiginoso entre los dientes,
ni clava su puñal en tu sangre
y te destila ese veneno lento
que un día hundirá ciudades,
un día crecerá en tus úlceras
para gritar la voz de todos
con el mismo despertar rancio
de un sueño irremediable,
aquél que ponga fin a su locura

en la punta de tus dedos
con un estallido de estandartes
y revoluciones tan puras
como irremediablemente ciertas.

CANCIÓN DE LA NOCHE

Qué incierto
provenir
de un credo
donde el alma
muerde
su velo desconocido
germinando
su naturaleza
ese polen extraño
que orienta
los olores, los vuelos,
la aproximación
del prójimo como una aventura
original
y fértil
que libera en medio
de sus células
ese prolongado
vínculo nocturno
de nuestras
entrañas.